

ANEXO A

EL MISSISSIPPI A MEDLANOCHE

y

BOSQUEJOS DE LAS PERSONALIDADES
DE WILLIAM WALKER

Para el *Crescent*.

EL MISSISSIPPI A MEDIANOCHE.

*¡Cuán solemne! ¡Corriendo esta densa onda negra!
Ninguna luz amiga en el cielo sobre nosotros;
Brumosa lóbreguez en una y otra orilla,
¡Y tinieblas afines delante de nosotros!*

*Ahora, acercándose al inclinado borde,
Alucinantes sombras súbitamente vuelan
En formas de neblina y vagos fantasmas
Contra los forzados ojos del que contempla.*

*Los demonios del río, con malignos semblantes,
Tienden brazos feroces y abiertos;
Como si para apresar en fatal abrazo
A quien navega sobre su reino.*

*Luego, por un engaño de nuestro raudo empuje,
Rígidlos, altos gigantes, un vasto ejército
En filas, como las olas del océano,
Pasan en muda marcha sobre el estero.*

*¡Cuán solemne! El río, un paño mortuorio
Que arrastra y lo que toma ya nunca devolvió;
Y sin luna ni estrellas, la bóveda del cielo
¡Corresponde con igual negror!*

*Como el veloz sueño de la Vida --hacia adelante
Y siempre a prisa, ¡Oh, incansables aguas!
En esta medianoche semejáis a la Muerte,
Sepultando la Vida en vuestras gotas heladas. W.W.*

*Daily Crescent, 6 de marzo de 1848, p.2, c.5.
Traducción de Carlos Martínez Rivas.*

BOSQUEJOS DE CIUDADANOS PROMINENTES

Al encontrar pocos casos de interés actualmente en los Tribunales, nos vemos forzados a dirigir la mirada a otro lado para las noticias locales, y procesaremos ante la corte de la opinión pública a varios individuos que anteriormente tuvieron posición prominente en esta comunidad. Sabemos que pisamos terreno peligroso, pero aunque vengan nueve individuos en bocacá no nos harán dejar el campo. Prevenimos a todos los interesados que así como hemos comenzado así continuaremos.

JOHN BROWN es uno del pueblo; eso quiere decir, para que no nos vayan a mal interpretar, que es un descendiente de Adán. Brown jamás será un Daniel Lambert ni será famoso como Calvin Edson; no es un Casio flaco y muerto-de-hambre ni tiene el espesor de Jack Falstaff: su desarrollo externo no es el de un gigante pero tampoco es liliputiense.

Con frecuencia una sonrisa ilumina su rostro; otras veces luce un decoroso aspecto serio. Casi nunca se ríe a carcajadas, pero nuestros lectores pueden estar seguros de que cuando eso ocurre es porque hay motivo de alegría. No vayan a creer que hay nada del asceta en sus modales --es totalmente lo contrario. A los jóvenes les encanta su presencia; los viejos siempre preguntan: '¿Dónde está Brown?' Su traje es muy peculiar --llama la atención al instante: pues no es sencillo ni llamativo --no está compuesto de muchos colores como la chaqueta de José ni es singularmente sombrío en los detalles del sombrero, saco, pantalones y chaleco.

Los modales de Brown son decididos y atractivos. Lo reconocerían en una multitud; de encontrarlo solo, lo señalarían diciendo: ahí está el hombre. Afable, excepto cuando está irritado; plácido, cuando no está excitado; silencioso, cuando no está hablando; con la frente en alto, sin fruncir nunca el entrecejo; de pie entre sus compañeros, o sentado o paseando, es sin duda un sujeto que presenta notables rasgos de

carácter, dignos de darse al mundo.

De opiniones francas, nunca las oculta y siempre se le encuentra del lado de la justicia y el sentido común, a menos que un prejuicio desafortunadamente deforme su mente por un momento. Cuando eso sucede (y como periodistas debemos confesar con honradez que nunca hemos visto un solo caso en que eso haya sucedido) pronto aparta la luz falsa que lo ha descarriado y retorna al camino correcto. Todo esto sobre John Brown. Ahora pasemos a

JOHN SMITH --El señor Smith es uno de nuestros ciudadanos más antiguos --bien conocido de quienes lo conocen. En temperamento y condición se parece mucho a su amigo íntimo Brown pero sin tener el desarrollo completo de carácter que hace tan conspicuo a este último. Aunque es oriundo de Nueva Orleans, habla muy bien inglés y ha viajado extensamente a todo lo largo y lo ancho de las tres municipalidades.

No deseamos dejar la impresión de que el señor Smith sea uno de esos sujetos inquietos que no logra encontrar en el círculo hogareño lo suficiente para impedirle vagar --todo lo contrario. Concentra en su propia persona todas las virtudes domésticas que han hecho tan conspicua a su numerosa y extensa familia. La amabilidad es característica de John Smith, pero las más violentas pasiones a veces se han desenfrenado en su pecho. Jamás ha manifestado amargura de espíritu sino hasta que la paciencia cesa de ser virtud y nunca se resiente de un insulto sino hasta que se lo propinan.

A la hora del peligro su valor no se le escurre de la punta de los dedos como a Bob Acres, ni está siempre presto a la "marimorena" como el famoso "Mose". Ni beligerante en la práctica ni cuáquero en sus ideas, este hombre extraordinario siempre comanda la admiración universal por sus actos y hábitos audaces.

Con estos breves bosquejos de dos de nuestros ciudadanos más conspicuos debemos cerrar, sin añadir, como intentábamos hacerlo, la reseña completa de John Jones que tendremos que dejar para otro día. Aunque se nos acuse de excesivo

atrevimiento al mostrar las dolencias y flaquezas de los demás, estamos firmemente convencidos de que el periodista debe hablar claro sin ningún temor. Claro está que con sumo gusto haremos las correcciones apropiadas si inadvertidamente hemos sido injustos en nuestras implacables observaciones acerca de los señores Brown y Smith.

Daily Crescent, 20/8/1849, p.3 c.5.

BOSQUEJOS DE CIUDADANOS PROMINENTES

Hoy continuamos los bosquejos que prometimos de los notables de la ciudad. Hemos obtenido nuestra información en una forma que ha resultado muy exitosa y nos permite dar los más mínimos e interesantes detalles de la vida cotidiana de nuestros distinguidos ciudadanos John Jones y James Jenkins.

A la veracidad de un Dean Swift y la profundidad de un Boswell hemos unido la diligencia del gacetillero moderno y a continuación abrimos nuestro saco de noticias a la luz del día, "sin temor al poder y sin dejarnos sobornar por halagos".

JOHN JONES tuvo padre; pero, ¡Ay! para esta biografía nada más se sabe acerca del progenitor de tal hijo. Se presume que por el lado paterno el apellido era Jones -- quizás el viejo Jones--pues así le llamarían en confianza en tiempos remotos en los corrillos de su aldea--tiempos de oro, sin duda, cuando los Jones se sentaban bajo su propia parra e higuera y escuchaban

"el chirrido de las chicharras y el croar de las ranas".

John Jones creció y se hizo hombre por ese asombroso proceso de la señora Naturaleza que cría al bebé en el pecho de su madre, le alarga los miembros en la niñez, le desarrolla la forma al muchacho, y a la edad legal de 21 años le permite contraer deudas hasta que paga la gran deuda que deben pagar todos.

Jones era un niño singular --

"Complacido por un cascabeleo, entretenido por una pajita"

A diferencia de sus compañeritos, era famoso a las canicas, experto al aro, jugaba trompos con precisión matemática y conseguía todo el hilo necesario para que su pájara

*"Se alzara alada en vuelo
Al reino de luz del cielo".*

Sus amigos (aunque no deseamos desacreditar en nada los esfuerzos del genio, debemos decir que Jones tenía amigos), veían maravillados su rápido progreso y pronosticaban una elevada posición para el joven aspirante. Jones se volvió ambicioso. Al igual que Chatterton, "el niño insomne", permanecía despierto toda la noche fraguando excusas para capearse de la escuela mañana --al igual que Keats, se aplicaba con ahinco a la tarea de ascender al pináculo de las ciencias.

Sus labores intelectuales fueron demasiado para su frágil cuerpo: le dio viruela y la muerte por nada priva a la ciencia de un adepto y al equipo de críquet de su mejor jugador. La temible enfermedad tardó en curarse y Jones quedó un muchacho alterado.

Abandonando todo lo juvenil por las ocupaciones superiores de la vida, la mesa de billar y los puros sustituyeron a los juguetes pueriles de aquellos atolondrados tiempos. Los laureles académicos que conquistó lo hicieron descollar entre sus amigos, y a su reputación en la niñez se debe de atribuir su rápido ascenso en la estima popular.

¡Esto nos lleva a la segunda etapa en la vida de Jones! Audazmente empujando hacia adelante en el trajín del mundo, atrajo la atención general al actuar en la forma más usual y no muy singular. Aun sus amigos más íntimos observaban que él

*"Comía, bebía, dormía -- y de nuevo,
Comía, bebía y dormía en relevo;"*

y se suponía que vivía así por su salud, pues no la había recobrado por completo desde que se *enfrentó* al torvo tirano.

Hasta en los muebles de su cuarto mostraba Jones gustos que lo colocaba por encima de la multitud vulgar. La armazón de su cama era cabeza y pie del ofensor, y sobre ella había extendido un mosquitero para evitar las incursiones nocturnas de los molestos insectos.

Su mesa tenía cuatro patas, y esto es algo que debemos recalcar, ¡pues en el curso de nuestra investigación oímos rumores de que sólo tenía tres! Nuestra versión es más sólida.

Sus sillas no conocían cojines: un sobrio sentido de simplicidad republicana prohibía ese lujo: medias-cortinas pendían de las ventanas, tan adheridas que no se habían bajado en dos años: y un pequeño espejo mostraba el reflejo de la naturaleza cuando se desvestía por la noche o al salir de los brazos de Morfeo para bañarse en los rayos de Aurora. Gorro de dormir --no tenía ninguno.

Comportándose en esa forma, Jones pronto se ganó el corazón de todos, y atraídos por el metal puro que veían relucir en el mineral en bruto, muchos a menudo exclamaban con entusiasmo --"Eres un buen tipo --préstame cinco". ¡Noble tributo al mérito! Veredicto bien merecido de un público ilustrado. ¿Qué más podremos decir de nuestro distinguido amigo? Lo hemos seguido imparcialmente desde la cuna "hasta el propio momento en que me ordenaste decirlo", y hemos narrado sus milagrosos escapes por mar y por tierra.

Lo dejaremos, asegurando a nuestros lectores que esta biografía, a pesar de ser breve, muestra al hombre, creatura de las circunstancias, abriéndose paso a pesar de los obstáculos; el hijo de la pobreza sorteando exitoso la lluvia de oro y riéndose de "los rigores y burlas de la mala fortuna".

Ahora pasamos a otro personaje no menos distinguido:

EL CORONEL JAMES JENKINS --Cuya memorable carrera merece más de lo que nuestra pluma pueda narrar. El niño de su madre; tomó de ella, en tierna edad, la misma sustancia que la hija de Roma dio a su padre para preservarle su existencia. Esto inmediatamente demuestra el espíritu de investigación que ha marchado siempre a la par de las

crecientes energías de nuestro amigo.

A su única progenitor le debe todo. Notable mujer, la historia no ha omitido conmemorar sus genuinas virtudes, pues aunque su nombre no sea famoso, ella ha pasado de madre a hijo en un célebre dístico:

*"Ella vendía manzanas y pasteles ella vendía,
Ella era la anciana que nunca mentiras decía."*

¿Podría decirse algo más expresivo en favor de la difunta señora Jenkins? El adquirió de ella la afición a la poesía y la honradez de carácter que jamás lo abandonan.

Como ya dijimos, Jenkins comenzó la vida muy temprano y ahora parece probable que llegue a una verde vejez. De hábitos sobrios, nunca bebe a menos que lo inviten, y en cuanto a comida, es epicúreo solamente cuando cena fuera de casa. Excesivamente frugal, no gasta más de lo que tiene en mano y desdeña endeudarse a menos que deliberadamente pueda usar pronto el crédito.

Rudo por sus asociaciones de la niñez, es de pocas palabras con todos. Excesivamente imaginativo, cree que todo hombre es su amigo y lo usa de acuerdo. Estos signos seguros de una mente liberal, encubren, como la caridad, multitud de pecadillos. Nos enorgullece exhibir sus defectos triviales para que sus virtudes más conspicuas los cubran todos. Miren a Jenkins entre la multitud, obsérvenlo en un alegre salón, véanlo en la carretera del lago, contémpnenlo en el paseo romántico de Carrollton, y ahí--en todas partes--él es--es --¡siempre Jenkins!

Desconocedor del enrojecedor honor cuando le piden que convide; sordo a la muda súplica de sus compañeros al bajarse del coche de alquiler en que viajaron juntos; digno y enhiesto cuando ponen en la mesa la cuenta de una "cena de pescado para cinco"; Jenkins, con la mente despejada, deja a otros las naderías que forman la existencia y él se aferra a algo más noble en las regiones de lo inasequible.

El carácter de Jenkins no es de índole ordinaria, y aunque quizás no sea tan brillante como el excéntrico Jones, él ejerce un poder que se siente en su círculo inmediato e

impone respeto a todo extraño. Es pilar de la iglesia pero no fanático en la fe; es político, pero no se inclina a un lado ni al otro; es hombre de negocios, pero demasiado modesto y no le importa más que el nombre; Jenkins verdaderamente atrae la atención universal y en la calle la gente involuntariamente exclama al verlo: "¡allí va un hombre!"

Se casó joven para no quedarse soltero y en pocos años tuvo prole para que lo llamaran papá los pequeñuelos. En su hogar es el mismo individuo suave y bondadoso que parece ser afuera, y se sabe que uno de los Jenkinsitos metió tres de sus deditos de duende en el café del señor Jenkins antes de que el atento padre descubriera que se escaldaba.

Esta muestra de vigilancia dice más que una columna de alabanzas. Es muy significativa para todo padre, y todos ellos deben extender inmediatamente su mano solícita al señor Jenkins. ¿Habrà mejor forma de concluir esta biografía? Dejemos a Jenkins en el seno de su familia y bajemos el telón sobre una escena doméstica consagrada con el nombre de hogar.

Daily Crescent 23/8/1849, p.2 c.5.

BOSQUEJOS DE CIUDADANOS PROMINENTES

Los sorprendentes eventos que sacamos a luz en las biografías de los señores Brown, Smith, Jones y Jenkins que dimos al mundo, han agitado y excitado a la comunidad entera. A diario recibimos llamadas pidiéndonos que continuemos revelaciones tan asombrosas y de tan enorme importancia para el cuerpo político. Como filántropos que somos, no podemos negarnos a hacerlo.

Los cuadros que hemos presentado están efectuando una reforma moral. El carácter plácido y notable de John Brown, los rasgos amables que exhibe Smith, el rápido progreso del ambicioso Jones y los interesantes detalles de la vida hogareña que se encuentran en el bosquejo del estoico Jenkins, brindan a millones información que antes estaba totalmente fuera de su alcance. Se están dando cuenta de que

las nobles virtudes tan comunes en ellos se pueden detectar también en las vidas de individuos que ellos, desde sus altos puestos, no sospechaban poseyeran esa clase de flaquezas.

Hoy descorremos el velo del santuario íntimo y exponemos desnudas las extraordinarias circunstancias que forman las vidas de tres más de nuestros más *conspicuos* ciudadanos; ¡individuos hasta hoy ignorados por la fama!

Es tarea difícil el describir correctamente los pensamientos, sentimientos y tendencias naturales de otros. Por ese motivo solicitamos al comienzo la ayuda de los caballeros en cuestión y todos ellos han respondido gustosos a nuestra petición. Por lo tanto, ustedes pueden estar seguros de que nuestros informes son *¡las únicas historias enteras y completas de los notables de la ciudad!*

Proseguimos nuestros bosquejos con el nombre de

GABRIEL GUMBO --Mejor conocido en Nueva Orleáns que en cualquier otra ciudad de la Unión. Esto no debe causar sorpresa, pues hasta el 27 de los corrientes ha vivido entre nosotros por cuarenta y seis años y dos meses, y lo curioso es que ese período abarca su vida natural entera.

El señor Gumbo es el hijo menor de sus padres: el único sobreviviente de quince varones, pues sus catorce hermanos murieron a la tierna edad de doce días. Esa tara familiar no se le pegó a Gabriel; y las esperanzas de la casa de Gumbo se concentraron desde muy temprano en la vida en el único vástago del árbol genealógico.

Gabriel era todavía joven a los veinte y permaneció en esa interesante situación por varios años más. No contento de estar siempre en la misma posición, gradualmente cambió de vida y tomó una postura más decidida. Desde ese momento data su prosperidad. Se agolparon los eventos en rápida sucesión: su distrito fue escenario de un conflicto sin paralelo en la historia. Su amigo personal, Muggins, saliendo de un retiro de cuatro meses, se postuló para alguacil, y Gumbo decidió oponérsele para propinarle una ligera repulsa a sus pretensiones.

Hubo intensa agitación: se organizaron asociaciones demócrata y whig; Gabriel presidía ambas; se establecieron

clubes rivales; Gumbo fue nombrado Gran Charlatán en ambos. Sus diversos poderes crecían con la ocasión. Dictó una competente charla sobre el carácter de ese ilustre patriota y estadista, el vicario de Bray; con ello arrebató todos los corazones y mostró un conocimiento profundo de la materia.

El pobre Muggins decididamente *no contó* en el escrutinio. En vano alegó que Gumbo sólo sabía teoría aprendida en los libros; en vano declaró que las leyes de Louisiana se dictaron muchos años después de las pandectas de Justiniano; el popular Gumbo sostuvo lo contrario, basando su testimonio en su conocimiento completo de todos los veintisiete tomos. Nuestro héroe vio cumplidos sus ardientes deseos y el distrito se congratuló de haber conseguido una montaña de sabiduría para ese importante cargo.

Muy pocos en nuestra gran ciudad podrían explicar el rápido ascenso de Gumbo y por ese motivo nos hemos extendido en detallarlo. Hombre extraordinario: conocedor de todos los hondos mecanismos del corazón humano; versado en resolver ese complicado problema --la voluntad popular; nadie debe extrañarse de que vea futuros honores en el horizonte.

Se ha insinuado que hemos tenido once presidentes; y seriamente se asevera que tendremos otro. Quién será ese otro permanece en las entrañas del tiempo. ¡A los amigos de Gumbo los alienta el hecho de que la nominación no se ha efectuado aún! Todavía puede lograr mucho pues está en la flor de la vida: nosotros desearíamos exponer claramente nuestra opinión sobre este asunto tan delicado, pero tememos excitar los celos de las numerosas camarillas y facciones.

TIMOTHY TUCKER --Es igual en todo al señor Gumbo. Aunque quizás no exceda a ese caballero en el número de hermanos, debemos hacer justicia al señor Tucker y afirmar que están parejos en cuanto a progenitores, pues cada uno tuvo dos. Esto lo admitimos libremente, ya que hemos decidido ser imparciales y ello nos obliga a admitirlo.

Tucker mostró desde la cuna una extraordinaria precocidad. Iba en pos de sabiduría desde el momento en que sus labios infantiles aprendieron a decir "bah bah", que quienes le escuchaban atentos tomaban por papá. No conocían

del todo el organismo de ese niño cuando cometían tan craso error, tergiversando sus explosiones de burla ante las niñadas que le dirigían a sus tiernos oídos.

¡No! Timothy Tucker gritaba "bah bah" cuando le decían que

*"Jack se cayó y la crisma se rompió,
Y tras él Gill también trastabilló".*

Esa conclusión era insuficiente para la mente del niño. No especificaba las lesiones que sufrió Gill y lo dejaba envuelto en dudas en cuanto al resultado final. De esas leyendas infantiles nacieron sus aspiraciones poéticas; mas nunca escribió un solo verso para que su devoción por las nueve diosas no interfiriera con los pasatiempos más austeros de la vida.

De muchacho sentía una fuerte inclinación a viajar, pero recordando el viejo adagio de que "piedra movediza, nunca moho la cobija", decidió quedarse bajo el techo paterno. A los 16 años de edad comenzó a estudiar francés: encontró que era totalmente distinto a su propio idioma (el inglés) y resolvió abandonarlo --mostrando una firmeza de carácter natural en él. De presentarse la ocasión, se le verá "asumir la responsabilidad" con una prontitud igual a la del antiguo romano.

Asistió por primera vez al teatro a los veinte años de edad --le agradó la música --le gustó la función --mas se vio obligado a pedir una contraseña de salida cuando de pronto se puso indispueto. El drama aún le debe esa deuda.

Hace varios años asumió la presidencia de una asociación benéfica y se recogió una fuerte suma de dinero para vestir de franela colorada a los negritos de la costa del Africa. ¡Ejemplo conmovedor! ¡Generosidad bien empleada! ¡Timothy Tucker, vendrá la hora cuando Etiopía pueda rendirle las gracias a su noble benefactor!

La presencia de ánimo del señor Tucker no lo ha abandonado nunca ni en las dificultades más árduas. Un ejemplo de ello ocurrió hace algunos años, cuando su casa fue totalmente destruida por un incendio. El segundo piso estaba

en llamas, el fondo de la casa envuelto en humo, las construcciones exteriores ardiendo, solamente la puerta principal no había cogido fuego, y por ella, su única vía de escape, el señor Tucker salió caminando, prácticamente ileso.

En una oportunidad, cuando escuchaba en la calle Camp a un joven zambo silbando una melodía (pues Tucker es amante de la música), los transeúntes de pronto lo empujaron de la acera y cayó en la zanja de la cuneta: pero en vez de perder tiempo en inútiles imprecaciones, se volteó con una mirada de indecible mansedumbre y le propinó una patada al descendiente de Cam, metiéndolo por la ventana de la casa vecina.

Estos rasgos cariñosos lo han hecho granjearse un gran círculo de amigos y deben conocerse para que su modesto mérito reciba la debida recompensa. El espacio no nos permite hacer una reseña más extensa de las muchas virtudes del señor Tucker: pero como ahora él anota para nosotros la crónica diaria de los eventos, nos referiremos a él de nuevo.

¡RICHARD DOBS es un tipo de lo más alentador! Digno Dick Dobs, ¡chócala! Siempre te llamaremos *Dick*, y esperamos que jamás seas "el difunto Dick". ¡Qué biografía haría tu vida! ¡Cuán irresistible el diario íntimo de tu maravillosa existencia!

Hace veinte años eras un niño y te encantaba el pan con melaza: hoy las más exquisitas viandas aderezan la mesa del hombre. Asombroso progreso de la época --¡singular avance en la gastronomía!

Estos argumentos, usados a su debido tiempo, pueden esgrimirse con enorme fuerza en tu favor. Esaú vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, y nosotros abandonaríamos ahora nuestra ocupación actual para disfrutar contigo de una cena digna del nombre.

Richard Dobs es un personaje singular: y cuando decimos singular no significa que haya nada particularmente extraño en él. Pero es un individuo extraordinario y solamente necesita de una esfera de acción más amplia para demostrárselo al público.

Por falta de oportunidades ha tenido que dirigir su atención a las pequeñeces de la existencia, aunque él nos asegura que está dispuesto a emprender cualquier cosa.

De hábitos reservados, prefiere andar a pie en vez de tomar el ómnibus; aunque le agradaría mucho que los dueños hicieran un buen negocio --espíritu público que lo enaltece. La rutina cotidiana de su vida podrá ser de interés para nuestros lectores; y como él lo desea y lo paga, la narraremos con la esperanza de que lo sea.

Dobs se levanta a la hora acostumbrada, se lava como lo hacen todos, desayuna normalmente y se va a la oficina después de atender esos menesteres. Es puntual a la hora del almuerzo, maneja cuchillo y tenedor con usual destreza y toma agua cuando no escoge una bebida más fuerte. Por la tarde se dedica a lo que debe hacer, y a la hora del té prefiere un ligero refrigerio que facilite la digestión.

Nuestra ciudad debe sentirse orgullosa de alguien tan correcto en todo. La corrección se le detecta hasta en el traje, y nunca le podrán echar en cara a Dick Dobs ningún hábito relajado.

También merece la atención del público como personaje de obras literarias; el exquisito poema de "Lucy Neal" lo escribió un pariente lejano suyo.

En cuestiones militares descuella preeminente, y de haber participado en la batalla de la Angostura, nuestra pluma estaría hoy narrando sus gloriosas hazañas de ese día.

Aunque no domina la especialidad de la jurisprudencia, ello se debe al hecho de que jamás se ha dedicado a dicho estudio; mas en esta época de información general ése no es un requisito esencial.

En verdad, no podría encontrarse un modelo más perfecto y digno de imitarse que el señor Dobs --¡con las simples excepciones de Gabriel Gumbo y Timothy Tucker!

La próxima vez esperamos presentar los bosquejos de otros igualmente dignos.

Daily Crescent 27/8/1849, p.2 c.3.